

Los Hijos del Valle

Reservados todos los derechos. No se permite reproducir, almacenar en sistemas de recuperación de la información ni transmitir parte alguna de esta obra, cualquiera que sea el medio empleado: electrónico, mecánico, fotocopia, grabación, etc., sin el permiso explícito de los titulares de los derechos.

1.ª Edición.

© Luis M. Castilla Villoria, 2007.

© Maghenta, S.L.
Autovía de Madrid, Km. 315,700
50012 Zaragoza
Tel. +34 976 106 300
Fax +34 976 106 301
www.maghenta.com

Ilustración de portada: Marta Cambra Melús.

Depósito Legal: Z-043/07
I.S.B.N.: 84-935490-5-3

Impreso en Zaragoza, España.
Talleres Editoriales Cometa.

Los Hijos del Valle

LUIS M. CASTILLA VILLORIA

maghenta
EDITORIAL

Hacer una dedicatoria puede parecer relativamente sencillo, pero hacer a alguien partícipe de un sueño es muy difícil. Nada de lo escrito hubiese visto la luz sin el apoyo incondicional de Cristina. Nadie creyó firmemente en este proyecto y sólo ella fue apoyo y sustento, como en todo lo demás. También conté con mis hijos, Luis y Óscar, que nunca entendían qué hacía papá tantas horas con un ordenador.

Tampoco puedo dejar de contar con el resto de mi familia y amigos, que tienen tanta ilusión como yo en este momento. Y por supuesto, cuento con Susana y Eduardo que, desde donde están, sé que me contemplan con una sonrisa sincera y profunda.

La noche reinaba plenamente. No había nubes y la luz de la luna llena proyectaba sombras por doquier, sin embargo, dotaba de una claridad tal que permitía ver a muchos metros de distancia. Las estrellas, seguramente, titilaban con intensidad y la ausencia de luces en la tierra permitía adivinar un cielo completamente estrellado. Un hombre sobre un corcel negro lo observaba con detenimiento, pensando que incluso el cielo, que era infinito, se habría llenado con tantas estrellas que agobiaba. Habría tal cantidad que parecía que en cualquier momento pudieran caerle encima.

El gran corcel negro, un enorme caballo de guerra, resopló y el frío hizo elevarse a la pequeña nube que salió de su hocico. El hombre retrepó sobre la silla de montar y el sonido metálico de la cota de malla al rozar con su armadura se oyó perfectamente. La plateada armadura brillaba intensamente bajo la luna. Dejó de mirar al cielo y oteó la lejanía intentando ver más allá de la villa que se levantaba a unos metros de él. De vez en cuando, a su espalda, le llegaba el sonido del mar chocando contra el puerto y los barcos que allí permanecían atracados. También llegaban hasta él las voces de los hombres que acarreaban fardos en plena noche. Un escudero se aproximó al hombre.

—Frere don Pedro, os ruego toméis la pelliza.

Don Pedro le cedió el gran escudo que portaba en su brazo izquierdo y alzó una gran piel de oso que colocó sobre sus hombros. Recuperó el escudo y, sin decir nada, adelantó su caballo hasta un grupo de ocho caballeros, también sobre sus monturas, que permanecían igualmente de espaldas al puerto, casi a la altura de la villa. Don Pedro acababa de llegar al lugar y al parecer era el último en hacerlo, sin haber tenido tiempo de descansar después de una tremenda marcha forzada bordeando Francia por su costa oeste. Había recibido la orden de improviso, mientras aguardaba en una encomienda del Temple. Sin apenas tiempo, había preparado el duro viaje con lo justo y partido con un solo escudero con el fin de aligerar lo más posible la marcha. Cuando se acercó al grupo uno de los caballeros se dirigió a él.

—Frere, nos alegramos sinceramente de veros aquí.

—Igualmente, frere, aunque me hubiera gustado veros en un momento más agradable.

El caballero que había hablado, Gastón de Carcassone, tenía el mando del grupo. El resto de caballeros también eran francos.

—No hay tiempo para que lleguen más hermanos, ni siquiera francos. Vos debéis ser el único frere castellano que ha podido llegar hasta La Rochelle. La verdad es que entre los que han caído en esta locura del Rey y los que no habrán recibido el aviso o lo hayan recibido tarde, sólo somos nueve y no seremos más. Algunos no se conocen y no perderemos tiempo en protocolos —dijo dirigiéndose a los ocho caballeros— tan

sólo os diré que el recién llegado es don Pedro Aguilar de Castilla, uno de los hijos del buen Rey de Castilla, cuya fama seguro que ha llegado a vuestros oídos.

—Es curioso frere —dijo don Pedro.

—¿Qué es curioso? —preguntó Gastón.

—Que seamos nueve caballeros, como los nueve caballeros que fundaron nuestra Orden.

Todos meditaron durante unos segundos la frase de don Pedro, el tiempo que duró el silencio sin palabras.

—Cierto frere, cierto —dijo nuevamente Gastón— y espero que eso sea un buen augurio porque lo vamos a necesitar. Les diré cuál es nuestra consigna y el porqué de nuestra presencia aquí.

Formaron una especie de círculo para escuchar las palabras de Gastón. Varios caballos se removieron al encontrarse sus cabezas y los caballeros pugnaban con ellos para mantener la improvisada formación. Los respectivos escuderos se situaron a una distancia prudencial, suficiente para no molestar pero sí para escuchar lo que se decía. Tras ellos, el mar seguía golpeando la dársena del puerto.

—Sois conocedores de la persecución de nuestra Orden por parte del rey Felipe. No hay nada que decir al respecto. Esos barcos que veis allí están terminando de cargar en sus bodegas todos los documentos y archivos que han escapado a la pillería del Rey y su guardasellos, Guillaume de Nogaret. Son los archivos secretos de nuestra Orden, los que contienen su historia y su sabiduría, no sólo de la Orden sino de la humanidad —tomó un lacónico respiro para continuar mientras miraba hacia el puerto—. También se cargan los tesoros que nos permitirán permanecer trabajando y aumentando nuestra sabiduría. Ya han salido otros cargamentos, pero éste es el más importante por los documentos que porta, que ha sido muy difícil de pasar a través de Francia —bajó la cabeza y miró hacia el centro del círculo, al suelo, como buscando una inspiración en la propia tierra—. Sabemos que Guillaume de Nogaret ha sabido de ello y se dirige hacia aquí y nosotros hemos de impedir que logre sabotear el embarque —se irguió sobre su silla de montar—. Bajo ningún concepto se debe impedir la salida de estos barcos, protegiéndolos con nuestras vidas. No podemos permitirlo.

De nuevo el silencio se adueño del grupo. Todos fueron conscientes de inmediato de la importancia de su misión y ninguno de ellos mostró duda o contrariedad. Su resolución estaba clara, eran caballeros de la Orden de los Pobres Caballeros de Cristo y sus vidas pertenecían a la sagrada misión de la Orden conocida como del Temple.

Un escudero proveniente de la villa corría hacia ellos a toda la velocidad que su caballo le permitía. Era un observador que Gastón había avanzado un par de leguas para tener tiempo de que los barcos lanzaran amarras, llevaran cargado lo que llevarán en ese momento. Otros barcos de guerra del Temple flanqueaban la costa al norte y al sur para prevenir un ataque por mar.

Los caballeros avanzaron en formación hacia el interior, alejándose del mar y superando la villa hasta alcanzar casi media legua de distancia respecto al puerto. Mientras lo hacían, las primeras naos partían ya.

—Hermanos —dijo Gastón ajustándose su armadura— somos nueve caballeros y ellos vendrán un mínimo de cien. No tenemos ninguna oportunidad de salir vivos, pero nuestra determinación a morir aquí debe ser firme. No retrocederemos hasta que la última gota de nuestra sangre haya abandonado nuestro cuerpo. Cientos de hermanos caídos a lo largo de nuestras batallas en tierra santa y bajo las calumnias del Rey, así nos lo demandan.

—Así sea, hermanos —dijo uno de los caballeros haciendo la señal de la cruz.

—Así sea —respondieron todos al unísono haciendo también la señal.

Don Pedro se deshizo de su pelliza sacando a la luz la gran cruz roja que tenía bordada sobre el fondo blanco de su túnica. Ruido de cascos a sus espaldas les hicieron volverse a mirar. Vieron a sus escuderos, que se dirigían hacia ellos, con trozos de las armaduras de repuesto sobre sus vestimentas y con las armas secundarias de sus señores en sus manos. Un escudero solicitó permiso para hablar.

—Hermanos, nosotros no somos caballeros pero pertenecemos a la Orden a través de nuestros señores. Nos sentimos templarios y queremos demostrarlo, si se nos permite.

Gastón de Carcassone observó y escuchó la escena emocionado, orgulloso del sentimiento de hermandad que se extendía también a los sirvientes de la Orden. En realidad, pensaba, ahí había estado siempre su poder: en la hermandad. Asintió gravemente con la cabeza.

Las luces de numerosas antorchas se vislumbraban ya por el horizonte. Se alinearon dejando un par de metros entre cada uno cubriendo por completo el camino que daba acceso al puerto y que estaba flanqueado por muretes de piedras. Los caballos, curtidos ya en batallas, habían reconocido ya el preparativo para la lucha y estaban nerviosos. Don Pedro miraba las antorchas que inexorablemente se acercaban y pensó que la hilera de luz que formaban bien podía ser la encarnación del maligno. Le sobrevino el recuerdo de su familia, de su madre, de sus hermanos, de su Castilla natal y sus amplios horizontes. Sus ojos se cerraron intentando retener esos recuerdos agradables y así evadirse unos instantes de la cruenta realidad que se tejía a su alrededor. El rumor de la caballería que se aproximaba llegó hasta ellos. El tiempo parecía haberse detenido, el aire parecía no soplar; la naturaleza a su alrededor retenía el aliento, la saliva atravesaba resacas gargantas.

El enemigo ya trotaba hacia ellos. Sabían que estaban allí, los exploradores avanzados así se lo habrían advertido. Los caballos se removían, alguno intentaba recular pero las poderosas manos de los templarios retenían las bridas con fuerza. El silbido que producían las espadas al desenvainar restalló como un látigo. Las manos se cerraron sobre las empuñaduras como garras y los pies se asentaron sobre los estribos como columnas de catedral. Los yelmos se bajaron y les dejó aislados en el interior de sus

armaduras con sus propios pensamientos, sus propios miedos. Un caballo pateó con rabia el suelo con sus cuartos delanteros.

La caballería enemiga ya galopaba y el estruendo de cientos de cascos resonaba en sus oídos de forma ensordecedora. La adrenalina se había disparado y los caballeros temblaban de tensión. La imagen del enemigo lanzado al galope aterrorizaba y un escudero volvió la grupa de su caballo y, preso del miedo, se lanzó en una loca carrera. Sus compañeros, tras los caballeros templarios, cerraron filas.

—Por Dios y por nuestra Orden –gritó a pleno pulmón Gastón de Carcassone, y todos los templarios, seguidos de sus escuderos, se lanzaron al encuentro de las tropas del Rey.

En el mar, en una de las naos templarias que pugnaban con las olas tratando de alejarse de la costa, otro hombre miraba a través de un catalejo el combate. No podía distinguir a los hombres, en realidad sólo podía ver un tremendo barullo. Sin embargo, una lágrima resbalaba por su mejilla, seguro de que su hermano, Pedro, ya había muerto. Retiró el catalejo de su ojo y lo observó con cierta curiosidad. Con ese artilugio, casi diabólico, copiado de los árabes, había visto adónde les había llevado la traición. Juró venganza.

CAPÍTULO I

La carretera parecía realmente un espejo. El agua caída durante la noche se había transformado al amanecer en enormes placas de hielo que cubrían todo el ancho de la calzada. La escarcha teñía de blanco a los diversos árboles y a la numerosa vegetación de los alrededores. El día, sin embargo, se presentaba claro, diáfano, lleno de luz. Era un día típico de la zona centro de España: luminoso, despejado, pero cargado de frío. El tráfico era escaso por la temprana hora, cosa algo extraña ya que, aunque la carretera no era una nacional, la proximidad de la estación de esquí de Valdezcaray se debería ya notar en forma de madrugadores esquiadores y excursionistas.

El Nissan Patrol blanco y verde de la Guardia Civil circulaba lentamente por la LR-205 en dirección a San Millán de la Cogolla, tras abandonar la carretera nacional. Los dos guardias de su interior se frotaban las manos al pensar en su relevo y en el opíparo desayuno que se tomarían antes de irse a la cama a descansar. El relevo se había retrasado al tener que acudir a una llamada por una accidente de tráfico en una carretera comarcal próxima. El vaho producido por la calefacción del vehículo apenas les permitía ver más que hacia delante.

—Manolo —dijo el copiloto— ¿qué hace allí ese coche? —preguntó señalando hacia la derecha.

—No lo sé —respondió el conductor—. Será algún excursionista.

El guardia que había hablado primero limpió con la manga de su uniforme la ventanilla del todo terreno, pero la humedad resultante del vaho tampoco le dejaba observar con nitidez. Bajó la ventanilla y un frío que cortaba la respiración se introdujo en el vehículo. Con los ojos entornados y llorosos no perdía de vista al coche.

—Para Manolo, vamos a echar un vistazo —dijo de pronto.

—Joder, Julio, que son las nueve y media y hace una eternidad que teníamos que haber hecho el relevo. Te digo que serán excursionistas.

—Sí, y se han ido de excursión dejando las puertas abiertas y los pilotos encendidos. Para ya, ¡coño!

El Patrol se detuvo en el arcén y conectó las luces azules del techo y las intermitencias de emergencia. Se calaron el pasamontañas y el chaquetón. Salieron del todo terreno mirando en todas direcciones. Se detuvieron a un par de metros y se aseguraron antes de acercarse al coche que no se oía nada ni se veía nada. Iniciaron la aproximación, uno por cada lado, con calma, no dejando de observar a su alrededor. A siete u ocho zancadas del coche se volvieron a parar. Ningún sonido se distinguía más que el de sus propias respiraciones. Se miraron extrañados e instintivamente ambos

soltaron el seguro de cuero de sus cartucheras. Siguieron avanzando. No parecía haber nadie en el interior del coche. Las dos únicas puertas estaban abiertas de par en par. Julio de pronto se detuvo en seco. Manolo lo miró con atención mientras hacia lo mismo.

—Manolo —dijo Julio en voz baja— las luces que están encendidas son las de freno.

—¡Si no se ve a nadie dentro!

—Te digo que son las de freno, mi cuñado tiene uno igual. Vamos a abrimos hacia los lados.

Avanzaron en diagonal respecto al coche, como si se alejaran de él, para tener más ángulo a medida que se acercaban ya con las armas en la mano. El aliento ya comenzaba a humedecer el interior del pasamontañas. El frío era realmente intenso. Manolo fue el primero que distinguió lo que parecían unas piernas en el asiento anterior derecho. Levantó una mano y señaló con la otra al coche para advertir a Julio. Este también lo vio.

—¡Guardia Civil! —las palabras restallaron en el silencio como un trueno imprevisto—, salgan del coche, por favor.

Nadie respondió. Sólo unos movimientos de hojas en las copas de los árboles. Sin duda, algún pájaro asustado.

—¡Guardia Civil! —volvió a repetir— ¡salgan del coche!

De nuevo nadie respondió. Con un movimiento de cabeza señaló Julio a su compañero el avance. Se movieron dos pasos en paralelo al coche, ya apuntando con sus armas. En ese momento sus ojos estuvieron a punto de salirse de las órbitas y de los pasamontañas. En el interior del coche, sentadas, dos personas sin sus respectivas cabezas.

El teléfono sonó en el salón de la casa del cabo primero de la Guardia Civil Julio Ramírez. Este levantó su cabeza en dirección al aparato y pensó, sin saber muy bien porqué, que la llamada no iba a ser de su gusto. Se levantó de su sillón y tras bajar el volumen de la televisión con el mando a distancia, cogió el teléfono. Pronunció un lacónico diga y escuchó con detenimiento sin articular palabra durante los escasos treinta segundos que duró el monólogo de su interlocutor. Colgó el auricular, se dirigió a su habitación y se calzó unos zapatos y sacó del armario del pasillo un recio chaquetón.

Mientras se dirigía caminando hasta el cuartel no dejaba de dar vueltas a todos los pasos del proceso de investigación que habían seguido hasta el momento. Cada vez se volvía más y más enrevesado, a cada momento surgían nuevas preguntas de diversos departamentos policiales, los cuales iban subiendo en el escalafón. La verdad es que no entendía qué estaba pasando. Al entrar al cuartel vio en la puerta un Peugeot 406 azul oscuro, nuevo, que apestaba a vehículo oficial a pesar de no llevar ningún tipo de distintivo. Se encaminó directamente al despacho del comandante del puesto. Este lo vio venir al salir de su dependencia.

—¡Ah!, hola, Ramírez. Iba a encargar café... pero pasa, te estamos esperando —dijo el teniente, comandante del puesto

En el despacho estaban sentadas dos personas. Ambas le miraron con atención cuando hizo su entrada precedido por el teniente. La estancia, que normalmente no tenía nada de interesante, ahora le pareció diferente. En realidad era un despacho que, como tantos de tipo oficial y bajo rango, eran absolutamente estereotipados. El mobiliario cuadrado y viejo, que no antiguo, era totalmente funcional y gris. Lo que realmente sorprendía era la máquina de escribir Olivetti, la cual parecía resistirse a ser sustituida por el ordenador situado a su lado. De pronto al guardia civil le llamó la atención porque hacía tan solo tres o cuatro años todos los papeles de la Comandancia pasaban por la Olivetti. Era increíble como avanzaba todo. Nunca había reparado en ello.

—Señores, el cabo primero de la Guardia Civil, Julio Ramírez —dijo el teniente—. Ramírez: estos señores son Javier Alonso y Antonio Sáez, de la Brigada Central de Información de la Guardia Civil.

—Encantado señores —respondió Julio a la breve presentación de su jefe.

—Tome asiento, Ramírez, tome asiento. Estos señores quieren hacerle varias preguntas.

El más joven de los dos se puso en pie mientras consultaba unas notas en lo que parecía ser un mini ordenador portátil que cabía en una mano. Su aspecto era de lo más anodino, con unos simples pantalones vaqueros y un jersey gris de lana.

—Bien, Ramírez. Nos gustaría que contará otra vez el descubrimiento del coche y de los cuerpos, pero sin perder detalle de nada —dijo sin ni siquiera mirarle.

—Ya lo he repetido cinco o seis veces, señor.

—Sáez. Señor Sáez. Ya sé que lo habrá repetido varias veces, pero ninguna de ellas ha sido a nosotros. Tenemos el atestado, el informe y hasta las conclusiones previas de la investigación al mando de la Comandancia de Logroño. No es suficiente para nosotros. Quiero que lo repita, pero además con todos los pensamientos que tras dos días del hecho sé que no habrá reflejado en su atestado y que habrá callado por vergüenza o por cualquier otra razón.

Esta vez sí que lo había mirado y además directamente a los ojos, sin desviar su mirada un segundo. Había sido una orden directa y contundente pero realizada con corrección en el tono. Ramírez explicó todos los detalles concentrándose en no perder detalle, ni un solo recuerdo del momento, hasta lo más absurdo. Cuando hubo terminado, habiendo sido interrumpido en pocas ocasiones y sólo para cotejar los datos que él iba dando, se hizo un breve silencio.

—Muy bien, Ramírez, ha sido una buena exposición de los hechos —sentenció Sáez—; ahora vamos a hacerle una serie de preguntas que quizá le parezcan extrañas. Obvio recordarle que nada de lo que aquí oiga o concluya podrá salir fuera.

—Por supuesto, señor Sáez, soy muy puntilloso en lo que se refiere a la confidencialidad.

—Perfecto. Teniente creo que sería el momento indicado para esos cafés que había prometido. Vamos a estar un rato.

El teniente salió a encargar los cafés, momento que aprovechó Ramírez para dirigirse a sus contertulios.

—Antes de seguir, déjenme que les diga una cosa. Sé muy bien que la Brigada Central no se dedica a investigar simples asesinatos por muy macabros que sean. Así que, o bien éste en particular es algo muy extraño, que lo es, o tiene que ver con algún tipo de delito más importante. Ya que estoy en el meollo de la cuestión me gustaría saberlo.

Los dos hombres se miraron entre ellos. No esperaban algo así. El más mayor, que aún permanecía sentado, acercó su silla con ruedas hasta Ramírez, situándola en un lateral en sentido contrario, como si fuera una especie de confesionario, dejando sus cabezas muy próximas entre ellas.

—Usted no debería saber qué está pasando, entre otras cosas porque nadie lo sabe. Estamos en el inicio de la investigación. No sabemos qué es. Tiene usted razón en lo de la Brigada Central. Por su expediente sabemos que usted tiene cualidades superiores al propio puesto que desempeña, así que, a lo mejor, ¡hasta se le ocurre algo que pueda ayudarnos!

Ramírez no perdió la compostura ni ante el sarcasmo final de la alocución.

—Pues a lo mejor ayuda el saber quiénes eran el hombre y la mujer del coche.

—Pues precisamente por ser quienes eran estamos mi compañero y yo aquí, con usted, en el día de hoy.

—¿Y bien? —inquirió tercamente Ramírez cada vez más molesto con el tono pero más interesado por el tema.

Los dos hombres se volvieron a mirar. No parecían muy seguros de revelar ese dato al guardia civil. Sáez repentinamente tomó la decisión. Era el único testigo del hallazgo y no tenían nada por dónde empezar. Convenía que estuviera abierto a la colaboración. Lanzó un suspiro y le dijo:

—Eran Gosbin Ugarte Castaño e Idoia Reina Basarrate, a ctivistas liberados del reconstituido comando Guipúzcoa de ETA.

Ramírez no abrió la boca. Aquel dato cambiaba absolutamente el panorama de hipótesis en las que él se había movido hasta el momento. No lo hubiera podido imaginar nunca.

—Bien. Una vez informado, creo que nos a toca nosotros —soltó a bocajarro Alonso—. Así que...

La brusca apertura de la puerta del despacho le interrumpió. El teniente apareció precediendo a un auxiliar que portaba una bandeja de cafés. Éste la dejó encima de la mesa y se retiró. El teniente se sentó de nuevo en su sillón dispuesto a escuchar lo que allí se dijera. Alonso lo miró con detenimiento durante unos segundos.

—Teniente, si no le importa, nos gustaría seguir trabajando a solas con Ramírez —dijo Alonso.

—¡Sí me importa! Es mi jurisdicción y este hombre está bajo mi mando —contestó indignado.

—Mire, teniente, yo tengo mis órdenes igual que usted las suyas. Yo le rogaría que no pusiera las cosas más difíciles de lo que están. Insisto.

—Yo también insisto.

Alonso meneó la cabeza como si estuviera ante un niño que no obedece o no entiende la orden que le están dando.

—Sáez, llame a la comandancia a Logroño y que pongan al teniente en antecedentes.

Antes de que Sáez alcanzara el teléfono el teniente se levantó con furia de su sillón.

—No hace falta. Si su desconfianza llega hasta ese punto, el que no quiere oír nada soy yo —ladró casi gritando.

Se encaminó hacia la puerta con aire altivo, no sin antes ordenar los papeles que sobre el caso yacían sobre su escritorio. Antes de cruzar el umbral una voz lo detuvo.

—Teniente —dijo Alonso sin volverse a mirarlo—. Tampoco quiero ningún tipo de presión posterior a Ramírez para que le cuente nada.

La puerta se cerró de golpe rebotando sobre el marco y volviéndose a abrir. En el pequeño despacho sonó como un tremendo martillazo. El teniente ni siquiera se volvió para cerrarla de nuevo.

—Bien, volvamos a nuestro asunto —dijo Alonso mirando a Ramírez— ¿qué le parece divertido? —preguntó viendo una sonrisa en el rostro del guardia.

—Hombre, no todos los días se ve a un oficial plegando velas ¡y de qué manera!

—Bueno, Ramírez, no haga leña del árbol caído: es de mala educación. Vamos a ver si repasamos los acontecimientos. Usted dijo que sobre las nueve treinta fue cuando vieron el coche. Pararon y fueron a inspeccionar. Antes de eso ¿cuánto tiempo hacía que habían pasado por el mismo sitio?

—Unas tres horas —respondió Ramírez.

—Es mucho tiempo sin pasar por el mismo sitio ¿no?

—Desde el cierre, hace unos tres años, de varias casas cuartel en algunas poblaciones, el área de trabajo se ha multiplicado por cuatro, pero los efectivos no.

—Vale, vale. La anterior vez que pasaron no vieron nada, ¿está usted seguro de esto?

—Completamente seguro. Yo hago bien mi trabajo, aunque no tenga la importancia del suyo.

—Ramírez —dijo Sáez—. No estamos cuestionando ni su trabajo ni su profesionalidad, simplemente estamos intentando aclarar algunas cuestiones. De verdad.

El guardia se reacomodó en su silla. Intentaba no estar a la defensiva pero no podía evitarlo. La verdad es que estaba encantado con el tema, siempre había querido participar en alguna investigación de altos vuelos.

—Disculpen, pero es que cuando alguien viene de Madrid parece empeñado en demostrar que los demás somos tontos o incompetentes —dijo apoyando sus codos sobre las piernas inclinándose levemente hacia delante—. Pregunten ustedes.

Como no dando importancia a lo que acababa de oír, Sáez volvió a consultar algo en su mini ordenador. Tardó unos segundos en hacerlo y sentándose de lado sobre el escritorio le miró, esta vez con afabilidad. Le estaba cayendo bien el guardia.

—No sé si usted ha reparado en que no había huellas de neumáticos sobre la tierra, ni tampoco pisadas en los alrededores del vehículo.

—Lo he pensado a posteriori. He vuelto un par de veces al lugar, aunque sin pasar la barrera de cintas que limita el acceso para no borrar involuntariamente ningún tipo de huella —respondió Ramírez con un tono profesional—. Mi conclusión al respecto es que, debido al frío de estos días, la tierra se endurece como el granito y no se hunde ni un milímetro al paso de vehículos ni de personas.

—Estoy de acuerdo —dijo Alonso— pero esa misma noche había llovido, si no estoy mal informado. Algo de barro tendría que haber.

—Sí, ciertamente había llovido, pero era una lluvia muy fina que se transforma rápidamente en hielo, y si el coche se hubiera parado donde estaba, justo cuando llovía, hubiera sido posible, pero ya le he dicho que tres horas antes no estaba.

—Buena observación, Ramírez, buena observación —apostilló Alonso— pero el motor no estaba frío, estaba helado según su propio atestado. Debía llevar tiempo allí.

—Sí, es una de las primeras cosas en las que reparé, aunque ciertamente no la primera.

—¿Y cuál fue la primera? —preguntó Alonso.

—Rastros de sangre, la primera fue buscar rastros de sangre —contestó Ramírez.

—¿Por qué?

—Porque no entendía que dos personas sin cabeza no tuvieran manchada la ropa de sangre, ni hubiera rastro alguno en ninguna parte del coche.

—¿Buscó usted alrededor del coche el rastro?

—Sí, e incluso en la dirección contraria desde la que supuestamente había venido el coche, porque tal como estaba situado todo hacía suponer que había venido desde la carretera.

—Ya, y usted pensó que podía no haber venido desde allí. ¿En base a qué? —inquirió Sáez mirando casi perplejo al guardia.

—No lo sé, pero todo aquello era muy extraño, porque un coche parado, con las puertas abiertas y las luces de freno accionadas por el pie de una persona sin cabeza, es lo suficientemente extraño como para buscar pruebas o huellas donde normalmente no se buscarían, al menos eso creo yo —dijo pasándose despacio la mano por su pelo. Acto seguido se levantó e inició un paseo tranquilo en el poco espacio libre mientras seguía hablando. Ahora bien, en el posterior rastreo que se hizo, tras el preliminar que realizamos mi compañero y yo, ya con efectivos de la comandancia de Logroño, no se encontró nada, ni un rastro de sangre y les puedo asegurar que se buscó muy lejos y en todas las direcciones.

Durante unos segundos el silencio reinó en la estancia. Casi parecía sentirse a las neuronas de cada uno de ellos trabajando a toda velocidad.

—Bien, Ramírez, bien. Si yo no le hubiera dicho que eran etarras, usted ¿qué conclusión habría sacado a tenor de sus datos? —preguntó Alonso.

—La más firme entre varias hipótesis era una especie de rito satánico y la segunda hipótesis, algo relacionado con algún tipo de mafia.

—¿Algún tipo de mafia?

—Sí, como en las películas, como aviso para navegantes para otros.

Alonso y Sáez se miraron asombrados. Habían venido a buscar meros datos técnicos y se habían encontrado a todo un Sherlock Holmes con uniforme de guardia civil.

En ese momento Alonso se levantó y sin mirarle le espetó:

—Nos disculparé un momento, Ramírez.

El guardia detuvo su paseo y les miró asombrado por lo brusco de la petición.

—Por supuesto —acertó a responder. Se dirigió a la puerta y abandonó el despacho. Mientras caminaba hacia el servicio pensó que como mínimo había sacado en claro dos cosas: que no sabían ni por dónde meterle mano al asunto y la segunda que el de mayor graduación era Alonso. La verdad es que era muy poco bagaje para las expectativas que él mismo se había creado.

Cogió el picaporte de la puerta del servicio, que estaba sólo a tres o cuatro metros del despacho del teniente, en el mismo pasillo. El picaporte se resistía, como siempre. Mientras pugnaba por abrir, una voz le sobresaltó:

—¡Ramírez!

Se giró a su derecha y vio a Alonso en el pasillo. Llevaba un largo abrigo azul oscuro.

—En media hora salimos para Madrid —dijo Alonso.

—¿Ya han terminado aquí? —preguntó Ramírez con aire de extrañeza.

—Creo que no ha comprendido. Usted viene con nosotros.

Ramírez permanecía con el picaporte en la mano sin decir nada, se había quedado totalmente en blanco. Alonso paso a su lado hacia la salida de las oficinas y Ramírez seguía allí, agarrado a la puerta. Sáez se acercó a él y le puso una mano en el hombro.

—Tranquilo, Ramírez. Coja de su casa una maleta con lo estrictamente necesario para una semana, más o menos.

—¿Estaré fuera una semana? —dijo sin soltar la puerta.

—No, seguramente sea más tiempo pero ya le proporcionaremos lo que necesite para más adelante —contestó Sáez—, ¡y deje ya la puerta, hombre, que no se la puede llevar!

Ramírez se olvidó de entrar en el servicio y se encaminó sin notarlo hacia la calle.

—¡Ramírez! —le llamó Sáez. El guardia se dio la vuelta y le miró a los ojos.

—Tranquilo. Y tampoco se preocupe por los aspectos burocráticos de su actual destino, Alonso ya lo está arreglando todo.

Julio Ramírez caminaba sin saber si lo hacía apresuradamente o con parsimonia, ni siquiera pensaba si iba en la dirección correcta, su aparato motriz parecía funcionar de forma automática. Sin saber cómo, se encontró frente a la puerta de su casa. Buscó en sus bolsillos las llaves durante un rato hasta que decidió que seguramente habría salido de casa sin ellas. Llamó al timbre y aguardó hasta que un compañero, soltero como él y con el que compartía casa, le abrió la puerta.

—¿Y tus llaves? —preguntó el compañero.

—Por aquí las he dejado.

—¿Ya has terminado con los de la Brigada? —volvió a preguntar.

—¿Cómo te has enterado?

—Me ha llamado García y me ha dicho que estabas encerrado con ellos. ¿Qué tal?

—No se qué decirte. Me voy a Madrid con ellos.

—¿Por qué?, ¿ha pasado algo?

—No lo sé, Joaquín, no lo sé. Voy a recoger mis cosas.

Se fue a su habitación y se sentó en el borde la cama totalmente en blanco. No pensaba en nada en particular y pensaba en todo. Al final, tras mucho rato en esa situación, llegó a la conclusión de que tal vez, sólo tal vez, fuera su gran oportunidad, la que llevaba años, desde que salió de la academia, esperando.

Cuando llegó a la calle eran ya las doce y media de la noche. En el Peugeot azul oscuro le esperaban Alonso y Sáez. Al verlo salir, Alonso abrió la puerta del coche.

—Ramírez —le dijo en plena calle— creo haber dejado muy claro que la partida era en media hora, no en cincuenta minutos.

Sin contestarle, el guardia fue hasta el maletero del vehículo e introdujo su maleta. Se quitó el abrigo y entró en la parte posterior del coche.

—Señor Alonso, hay cosas que son de uno mismo y que no tienen ningún tiempo límite. Ninguno –contestó sosegadamente Ramírez.

Sáez sonrió mirando por el retrovisor mientras pensaba que, después de todo, aquello no iba a ser aburrido. Introdujo la primera velocidad y el coche partió raudo hacia la carretera de enlace con la autopista A-68 para dirigirse a Madrid.

En el trayecto, el silencio de los tres viajeros era lo que imperaba. Cada uno de ellos estaba absorto en sus propios pensamientos y ninguno parecía dispuesto a iniciar una conversación, además estaban amparados por la oscuridad, sólo rota de vez en cuando por las luces de otro vehículo que era sobrepasado, porque Sáez llevaba una media de velocidad altísima. No se detuvieron, más que a reponer gasolina, hasta Madrid.

Al entrar a Madrid, prácticamente solos, sin tráfico, el Peugeot enfiló por la M-30 hasta la salida Conde de Casal y subiendo por la avenida del Mediterráneo, girando al final de la misma hacia la derecha, a Menéndez Pelayo. A la altura del número ochenta y siete se detuvieron. Sáez salió del vehículo e invitó a Ramírez a salir también. Alonso pasó al puesto del conductor mientras sus dos compañeros de viaje se dirigían hacia un portal tras haber recogido la maleta de Ramírez del maletero. Alonso bajó la ventanilla.

—Mañana a las nueve pasarán a por ustedes –dijo–, a las nueve y media les quiero ver en mi despacho.

—De acuerdo, hasta mañana –respondió Sáez.

Subieron por el ascensor hasta la tercera planta y una vez allí Sáez sacó unas llaves y abrió la puerta B.

—Adelante, Ramírez, está en su casa.

Accedieron al interior, a través de un breve hall, a un salón de generosas dimensiones. La decoración era agradable, muy modernista donde imperaba la mezcla entre metal y madera de haya, pero no exento de ciertos toques clasicistas que hacían el ambiente atractivo y cálido. Un gran sofá en color crema presidía la gran estancia.

—Bien, Ramírez, ésta es mi casa y donde residirá usted un tiempo. Le enseñaré su habitación y creo que es mejor que vayamos a descansar. Nos esperan duras jornadas.

—No sé si dormiré, pero sí, creo que es mejor intentar descansar –respondió.

Le acompañó hasta una habitación a la que se accedía directamente desde el salón, de hecho, Ramírez se dio cuenta en ese momento que desde el salón se accedía a casi todas las dependencias. Le recordó a la plaza mayor de un pueblo. La habitación era grande, con una cama casi de matrimonio y con una decoración muy similar a la del salón. Un gran cuadro en tonos pastel hacía las veces de cabecero de cama y atraía la mirada sin que uno se diera cuenta.

La casa estaba caldeada gracias a la calefacción aunque, presumiblemente, hasta que ellos llegaron, no debería haber nadie. El guardia se desvistió y se acostó con una simple camiseta. Apagó la luz y se quedó a oscuras pensando y meditando sobre el vuelco que habían dado los acontecimientos sólo en unas horas. Estaba nervioso ante el día que se avecinaba y tenía temor de no estar a la altura de las circunstancias, pero el desde luego, iba a demostrar a todo el mundo de lo que era capaz y quizá esta situación cambiará radicalmente el rumbo de su vida en un futuro próximo. Su último pensamiento antes de dormirse fue para Ana, su novia, a la que aún no había dicho nada, y para su padre: un guardia civil, ya fallecido, que había dedicado su vida al cuerpo; sin duda, estaría orgulloso de él. Este recuerdo le reconfortó y se durmió con él.